

Los Derechos Humanos en el proceso de Globalización

Human Rights in the Process of Globalization

Angel RODRÍGUEZ-KAUHT

Universidad Nacional de San Luis, Argentina.

RESUMEN

En esta nota se pasa una breve revista acerca de los acontecimientos a que está dando lugar la globalización. El mundo contemporáneo observa, entre atento y avergonzado, cómo el capital financiero está obligando al desplazamiento de los Estados de sus obligaciones contractuales para con sus ciudadanos. Es decir, los humanos estamos siendo reemplazados por una entelequia.

Palabras clave: Capitalismo, aldea global, trabajo, finanzas.

ABSTRACT

In this communication a short review of the happening which are occurring due to globalization is offered. Contemporary society observes, with attention and shame, how financial capital interests are forcing countries to put off their contractual obligations with their citizens. This means that humans are being replaced by entelechy.

Key words: Capitalism, global village, work, finance.



Es curioso observar como, con la crisis económica desatada desde mediados de 1997 -a nivel mundial-, y que en el segundo trimestre de 1998 se agudizó notablemente hasta llevar a los negocios bursátiles a niveles cuasi catastróficos -como lo fueron los de Wall Street durante el año 1929- los analistas políticos y los economistas -que no hacen otra cosa que repetir el sonsonete del pensamiento único (Estefanía, 1997) dominante y hegemónico que les han impuesto sus mandantes de la centralidad- entonces, han dejado de mencionar a los pueblos. Existe una tendencia clara y definida a abandonar el discurso en el cual se habla de los hombres, de las personas, para pasar a hacerlo solamente en términos de entelequias, tales como pueden ser los Estados nacionales o los países. Los primeros, vale hacer la observación, han pasado -en los últimos veinte años- a abandonar su papel de Estados empresarios, para convertirse en Estados rehenes de las empresas, las que les imponen sus signos y pautas de trabajo y las políticas sociales -o antisociales- para llevar adelante -o implementar, como se dice en la actualidad- por parte de los Estados nacionales pretendidamente soberanos, aunque en realidad, los mismos son solamente cautivos de los empresarios y de las empresas, sean éstas nacionales o transnacionales (Rodríguez Kauth, 1998a).

No es azaroso que se hable del Estado, de los países, bajo la forma de que constituyeran entelequias del conocimiento vacías de piel. Aquellos -los Estados y países- solamente tienen la capacidad de constituirse en lo que son, a partir de las personas que los habitan. Son las personas, "la gente" (Magallanes, 1993), las que le dan forma y contenido a las instituciones supra individuales, llámense a estos Estados, países o naciones. Sin los habitantes, las personas, sean estos hombres o mujeres, niños, adultos y ancianos, nacionales y extranjeros, como cualquier otra categorización de habitantes que se quiera realizar, repito, sin ellos y solamente con ellos es que se encuentra a los que le dan el sentido de existencia a las entidades sociales que los trascienden y contienen. Si no se tiene en cuenta a las personas concretas, de carne, hueso y "espíritu"¹, mal se puede hablar de una situación política, económica o social, en términos que no sean abstractos; que no incluya la discreción de contemplarlos en su más amplia consideración y constitución.

Según los analistas económicos, como así también los politólogos, que difunden sus ideas a través del periodismo televisivo y escrito, el mundo está preocupado -durante 1998- con lo que ocurre, por ejemplo, en Rusia, Brasil o Japón. Pero pareciera ser que al mundo no le preocupa lo que ocurre con los rusos, brasileros o japoneses, respectivamente, que deben vivir dentro de una economía que se está destruyendo a pasos agigantados. Ese ya es otro problema, es el problema de las personas. El problema de los analistas, que suelen estar al servicio de los intereses del imperiocapitalismo (Rodríguez Kauth, 1994), se centra en interpretar y en leer las posibles soluciones a las crisis macroeconómicas por que vienen atravesando las mayores -y menores- economías mundiales y los centros financieros internacionales. Solamente hasta allí llegan sus preocupaciones y así nos lo hacen saber, permanentemente, a través de los medios de comunicación de masas, los mismos *mass media* que a mediados de 1998 nos atosigaban con sus relatos y comentarios del Campeonato Mundial de Fútbol de París².

Las aprensiones que agobian a los mandamases del capital trasnacional alcanzan solamente al malestar que genera el hecho de que Rusia haya entrado en una virtual cesación

1 Dicho esto sin sentido religioso alguno.

2 O de donde fuera, cada cuatro años.

de pagos de su deuda externa, a consecuencia de la caída del valor del rublo, producido esto -entre otras cosas- por la baja productividad del país y la creciente corrupción en todos los ámbitos, sean éstos de gobierno, financieros o bursátiles. Que Brasil llegue a estar en un trance semejante por el abultado déficit fiscal con que está rodeada su economía doméstica y que haya tenido que acudir al Fondo Monetario Internacional en su salvataje³, eso es lo que interesa a los analistas y politólogos. Que el Japón no pueda poner en orden su sistema bancario a causa de la corrupción imperante en el mismo, todo lo cual ya ha llevado a la quiebra a más de una institución financiera de las llamadas grandes o líderes en los mercados del sudeste asiático, eso es lo único que importa a los lectores "oficiales" de tales episodios.

Lo que menos les preocupa, a quienes hacen tales análisis, es la situación en que viven millones y millones de rusos, brasileños y japoneses. El malestar que demuestran no es un reflejo del malestar en que viven aquellos pueblos⁴; el malestar de vivir miserrimamente, en condiciones de indignidad. La globalización imperante -e impuesta- ha hecho que hasta las más pequeñas economías de países remotos o exóticos -y casi insignificantes en el planisferio- se vean afectadas de gripe por el estornudo que produzca alguna maniobra financiera o bursátil en algún lugar remoto del orbe.

Entiendo que esta manera de describir al mundo y el concomitante desprecio que se manifiesta por lo que les ocurre a sus habitantes, no es otra cosa más que una consecuencia del imperio de la postmodernidad en que estamos viviendo (Rodríguez Kauth, 1998b). Esta condición postmoderna (Lyotard, 1987) ha venido asociada al neoliberalismo económico dominante y hegemónico, a la vez que le ha servido de soporte ideológico a sus mentores para poner en marcha un pragmatismo donde los valores humanos se cotizan en las Bolsas de Valores (Comercio), del mismo modo en que se cotizan los "valores" bursátiles.

Vivimos en la era de lo "post": post-comunismo, post-historia, post-trabajo y, porque, no, también post-hombre y hasta post-mortem. La persona se ha convertido en un objeto fungible y desechable, al mejor estilo de los envases descartables o de los condones; la filosofía que está en su base es por demás sencilla y hasta pornográfica: se usa y se tira.

Este panorama ya lo plantea de manera descarnada y cruel -con la misma crueldad con que aparece en la realidad inmediata- la estudiosa francesa V. Forrester (1997), para quien, después de sesudos estudios comparativos, llega a concluir que en la actualidad el trabajo es un bien devaluado, caído en desuso. Así como para Marx la persona se dignificaba bajo formas de trabajo en que la plusvalía sería solamente un recuerdo, en el transcurrir de la finisecularidad vigesimonónica el trabajo no solamente no dignifica, sino que es una herramienta más para convertir a las personas en "cosas", a través de la puesta en juego de un proceso perverso de reificación o cosificación (Cosser, 1967).

El mundo, en general y salvo honrosas excepciones, ha llegado a vivir en 1998 la expresión más "salvaje" del capitalismo bajo la forma del neoliberalismo como modelo macroeconómico, el cual pretende -y lo está logrando- convertir a su mínima expresión la participación estatal en la economía de sus respectivos países. Esta maniobra política tiene dos objetivos: a) lograr la propuesta del maximalismo de hacer

3 Con un salvavidas que parece -por lo pesado- de hierro, como los viejos salvavidas de los tranvías.

4 Y, obviamente, todos aquellos que de alguna manera son dependientes de alguno de ellos en cuanto a la venta de sus mercaderías, la cual se podría ver limitada y, consecuentemente, llegaría a agrandar la brecha de los desocupados y subocupados, con la consiguiente sobreocupación de algunos trabajadores.

desaparecer la figura autoritaria del Estado, aunque con otro proyecto político intrínseco diferente al del anarquismo decimonónico, cual es la presencia del Estado como institución garante de los intereses económicos y financieros en juego a partir del papel represor que se le relega a aquel en épocas de crisis. Periodos estos donde algunos sectores populares y "agitadores políticos" intenten rebelarse a los designios impuestos; y b) reducir al máximo los gastos del aparato público del Estado, a efectos que éste no necesite realizar el cobro de impuestos tan altos -y hasta superfluos, según su opinión- como para cubrir espacios poco importantes para el neoliberalismo, tales como son la educación, la salud, la vivienda y todo aquello que signifique dignificar a los que menos dotación de capacidad económica poseen, de manera tal de poder satisfacer sus demandas en los espacios públicos. Es por eso que los grandes capitales no ven con agrado tener que pagar impuestos que, aunque los evaden en buena medida, sin embargo, algo de los mismos se ven obligados a devolver al fisco de sus inmensos beneficios.

Con el análisis de la lectura de la obra de V. Forrester y tomando en consideración los elementos que pueden ser necesarios para desmitificar algunos criterios de aquellos personajes que se mueven en las órbitas "partidocráticas", como así también de los que llevan adelante una aceptación acrítica de los dichos por las jerarquías oficiales de las burocracias partidarias, es posible alcanzar a reconocer la dimensión de la caída de los valores y, consecuentemente de las ideas y de los textos en que estas suelen expresarse: los discursos y relatos.

V. Forrester desarrolla -durante la primera parte de su libro- un preciso y ajustado diagnóstico de la situación laboral del mundo regido por el emperador del Nuevo Orden Internacional. Si bien la autora toma sus ejemplos básicamente de lo que sucede en su Francia natal, sin embargo las mismas pueden ser extrapoladas perfectamente a otros paraísos capitalistas. Así como el siempre recordado "Gorrión de París" cantaba las beldades de los puentes -vistos desde abajo- que cruzan el Sena, ella nos describe a los habitantes que duermen, comen y hacen otras necesidades fisiológicas bajo los puentes que las agencias de turismo se encargan de hacer transitar a los desprevenidos visitantes, que solamente hemos alcanzado a ver escenas tiernamente amorosas.

La autora sostiene, con otras palabras, que el trabajo, en la actualidad, se ha convertido en un bien devaluado o, mejor aún, desvalorizado. El famoso mercado con que engolosinan sus paladares los panegiristas del liberalismo económico, ya no está dispuesto a comprar fuerza de trabajo, como sostenía el talentoso K. Marx (1865) en otras épocas en la que -la por entonces- moderna maquinaria que había producido la Revolución Industrial resultaba una ayuda para los obreros y operarios en su trabajo físico. En la actualidad -la tecnología- simplemente está reemplazando a las personas de sus lugares de trabajo para que su lugar lo ocupen las máquinas producidas como robótica (Rodríguez Kauth, 1996) y con lo cual se hace obsoleto el trabajo humano. Y el mundo -de los que están arriba de la pirámide- mira impávido estos hechos sociales y solamente alcanza a lamentarse -públicamente, porque es lo que corresponde a las buenas costumbres de la política- y a proponer medidas paliativas que no solucionan problema alguno. Y esto Forrester lo denuncia sin pelos en la lengua⁵.

5 O en su máquina, que debe ser un procesador de última generación.

Con la sistematización stalinista -bidireccional- del marxismo en un “materialismo dialéctico” y en un “materialismo histórico”, la filosofía socialista oficial se convirtió en un cuerpo cerrado de doctrina, sin lugar para la crítica -es decir, una doctrina, en el mejor estilo de la escolástica cristiana-, para la experimentación y el disenso. La totalidad de la realidad, desde sus orígenes cósmicos más remotos hasta su futura reconciliación en la sociedad comunista, quedaba explicada exhaustivamente por un sistema de conceptos que pretendían adecuarse totalmente a su objeto. El resultado de estas explicaciones totales de la totalidad es inexorablemente un pensamiento totalitario que no deja elemento alguno fuera de sus análisis y que, por consiguiente, ninguna experiencia ni opinión posible lo pueden contradecir. En el decir de S. Freud, estas formas de adhesión “pegajosa” a una doctrina no son otra cosa que tan solo una ilusión (1927).

Como ya lo señaló oportunamente Gramsci, el determinismo que ofrecía el marxismo oficial fue en su momento capaz de movilizar a las masas, porque les proporcionaba la certeza del triunfo final. Los tiempos han cambiado y, tal certidumbre, se ha convertido en desesperanza respecto a las posibilidades de la esperanza del protagonismo revolucionario.

En el hoy que transita los últimos pasos del Siglo XX, entiendo que vale la pena releer un párrafo que dice lo siguiente: “El trabajo revienta y no enriquece: la fortuna no se reúne trabajando, sino haciendo trabajar a los demás”⁶.

También ha caído en desuso hablar de explotación. Ahora se lo hace -cuando se lo hace- en términos de desigualdades sociales. Utilizar un eufemismo, en este caso, significa no querer llamar a las cosas por su nombre, a la vez que implica no reconocer su existencia ni sus alcances depredadores. La desigualdad es un término que se presenta casi como natural -¿acaso todos los humanos somos iguales?- que facilita legitimar el orden -o desorden- imperante en el mundo, o en algún lugar puntual, utilizando los criterios que gusta usar el imperialismo. En cambio, si lo que se utiliza es el término explotación -con toda la carga anatémica que el mismo contiene- entonces resulta imposible justificar lo que está ocurriendo en el mundo actualmente globalizado con las desviaciones que tradicionalmente regularon las relaciones de producción obrero-patrón.

Hoy ya no se trata como hace 150 años -en la época del *Manifiesto Comunista*- de la explotación entre un patrono y sus obreros o empleados, o entre un oligopolio y sus consumidores y trabajadores que lo hacían funcionar. En la actualidad el problema se ha agudizado al punto tal que, sin dejar de lado las denuncias que realizaron Marx y Engels, la explotación ya no es de hombres sobre hombres, sino que ha alcanzado el nivel -casi divino- de algunos hombres sobre la biosfera, es decir, afectando la vida misma de los hombres sobre el único territorio común que tenemos para habitar.

Haber sacado del lenguaje político y sociológico el concepto de explotación, significa, de alguna manera, la posibilidad de haber excluido del foco atencional de los analistas, la profundización de los análisis teóricos sobre la enajenación de la conciencia, con lo cual no se realizan análisis críticos sobre fenómenos laborales originales, como lo es en la contemporaneidad el del toyotismo (Slaughter, 1994; Rodríguez Kauth, 1998b). Asimismo, al dejar de analizar la explotación, significa de algún modo, que se le ha “regalado” la práctica

6 Escrito por Paul Lafargue, yerno de K. Marx -casado con Jenny que, no casualmente era la hija predilecta de Marx- quien lo escribió en un folleto titulado *El derecho a la pereza*, a finales del Siglo XIX.

explotadora y expoliadora a los artífices y mandantes del neoliberalismo sin queja alguna por parte de quienes tienen la obligación de hacerlo.

La explotación es una parte importante de la historia del hombre, como que su uso viene siendo implementado desde la época de las "cavernas", lo cual no significa que deba ser interpretado como un hecho natural. Si bien es cierto algunos teóricos han tratado de describir la explotación desde la biología, bajo las formas del parasitismo y la depredación de unas especies por otras, sin embargo, estos análisis son generalmente falsos, ya que la explotación parasitaria de un animal sobre otro, también es necesaria para la subsistencia de aquel que aloja al parásito⁷. De igual manera, la depredación es un hecho necesario en la vida animal para -de esa forma- mantener el equilibrio ecológico entre las diferentes especies. Por otra parte y para terminar con una polémica bizantina, es preciso señalar que el hombre es el único individuo terráqueo que pretende cambiar las condiciones en que está ofrecido el mundo. El resto de los animales se conforman con lo que tienen, con lo dado. Los hombres, aún los que viven bajo el síntoma fatalista e indolente (Martín-Baro, 1987) en algún momento de sus historias -individuales o colectivas- inician la marcha de procesos de cambio social y, es así que aparecen en los libros de historia algo que la postmodernidad ha olvidado: las revoluciones y las rebeliones. Los animales no tratan de cambiar el orden "natural" en que se hayan inmersos, simplemente se defienden de sus depredadores.

Y, el uso de las palabras tiene su sentido. Políticamente José Saramago dijo que "Al no usar las palabras pierdo el sentimiento. Si yo no le digo a alguien que lo quiero, si incluso esa palabra perdemos pronto o más tarde, pierdo el sentimiento". A esto le podemos agregar que si no llamo a la explotación por su nombre, entonces más tarde o más temprano, no solamente se perderá el vocablo, sino que -lo que es peor aún- se perderá el sentimiento favorable de la lucha popular contra toda forma de opresión, particularmente la de la explotación del trabajo como una manera de expresión de la postmoderna economía. Y entonces es dueña y señora la paz de los cementerios, comienza a imperar el "quietismo" y el sálvese quien pueda. La solidaridad, es un concepto que se perdió por el camino de lo pragmático.

Anteriormente al proceso conocido como reaganomics, todavía los obreros y trabajadores en general, tenían la posibilidad de luchar por sus reclamos sociales y reivindicaciones laborales. En la actualidad ya eso es imposible e impensable. El gran ejército de desocupados hace que la lucha se instale entre ellos mismos, ha sido la culminación de las políticas de competencia que tanto han predicado los amantes del liberalismo. La globalización solamente se preocupa de sus efectos perversos para la transmisión "contagiosa" de las crisis locales que se expanden al resto de los países del mundo. Por ejemplo, la precariedad del trabajo, el desempleo, el empleo mal pago, el trabajo insalubre y todas aquellas otras expresiones de la explotación poco importan a los ideólogos del liberalismo económico, que se niegan a ser llamados neoliberales (Barbier, 1998).

A estos personajes solamente les interesan el testimonio de las crisis financieras y de los mercados en las pizarras de cotizaciones. Los hombres y mujeres que transitan por las mismas, son solamente sombras que, como tales, no merecen mayor consideración. Si las condiciones laborales son esclavistas o de explotación, poco importa a la hora de realizar sus sesudos análisis macroeconómicos. La gente de carne y hueso es descartable, los dine-

7 Como suelen resultar falaces todas las analogías que se hacen entre conductas animales y humanas (Vid., Rodríguez Kauth y Falcón, 1998).

ros invertidos -en lo que hasta 1997 eran los “tigres asiáticos”- y que se han perdido entre los vapores del alcohol producidos por la corrupción y unas pésimas administraciones, eso es lo único que importa a sus mezquinos intereses.

Sin embargo, hay algo que han descuidado los explotadores. Ese algo es que están sembrando el germen de la destrucción entre los humanos y, aunque parezca poco creíble, ellos también entran en esta categoría. Esto no pretende tener un sentido apocalíptico o mesiánico en la finisecularidad que venimos transitando. “El proceso de globalización capitalista se realizó a expensas de millones de personas, tanto en los países desarrollados como en los subdesarrollados, que quedaron en la pobreza y exclusión” (Carpintero, 1998).

Y para terminar una breve reflexión acerca de los alcances de la explotación. Ella no abarca solamente la relación de producción de un trabajador con su patrono. En el mundo globalizado -más que nunca antes, aunque siempre se dio en magnitudes menores- aparece la figura de la explotación de los países de la periferia por parte de los países del centro. De esto también se habla poco y nada. Hasta la década pasada (de los ‘80) reclamar por las acreencias de la deuda externa, era una suerte de obligación para todo individuo o movimiento que se pretendiera progresista. En la actualidad, la deuda externa de nuestros países dependientes sigue aumentando a pasos agigantados y nadie hace reclamo alguno. Y ya es hora de que nos saquemos la máscara de falsos demócratas complacientes para con los explotadores que “generosamente” nos traen a invertir sus capitales golondrinas y les digamos -basta!, a tanto atropello y sinrazón con que los gobernantes vernáculos pretenden engañarnos con sus discursos preparados por académicos de Chicago o Harvard, que sirven de mucho a sus intereses corporativos, pero que de nada sirven a los intereses de nuestros sufrientes pueblos compuestos por personas que también tienen derechos.

Es preciso que el pensamiento vuelva a servir -a ser útil- para darle un sentido original a los acontecimientos políticos, económicos y sociales que nos vienen atravesando. La crisis del pensamiento supera con creces a las crisis de cualquier otro tipo. Todo acontecimiento de orden político o económico es leído desde las categorías que impone el pensamiento dominante. En ese aspecto han sobrevivido los objetivos que se propuso el Proceso Militar, al haber impuesto su metodología terrorífica en el nivel del pensamiento; ya se ha perdido la audacia de pensar de una manera discrepante con la del *establishment* y, menos aún, la de atreverse a lanzar hipótesis, o “corazonadas”, que hagan trastabillar al orden establecido. Por eso, para finalizar, pretendo no solamente intentar un esbozo de diagnóstico de la situación, sino también proponer que se pongan en ejercicio las “pequeñas células grises” para poder salir de los cuadros de pensamiento establecidos por la ortodoxia dominante, a partir de recuperar el discurso de la liberación y de la emancipación.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BARBIER, H. D (1998): “La trampa de la globalización”. *Perfiles Liberales*. n.º 64, México.
- CARPINTERO, E (1998): “El exceso de realidad produce monstruos”. *Topía*. n.º 24, Bs. Aires.
- COSSER, L.: (1970): *Nuevos aportes a la Teoría del Conflicto Social*. Amorrortu, Bs. Aires.
- ESTEFANIA, J (1997): *Contra el pensamiento único*. Ed. Taurus, Madrid.
- FORRESTER, V (1997): *El Horror Económico*. F.C. E, Bs. Aires.
- FREUD, S (1986): *El Porvenir de una Ilusión*. Ed. Amorrortu, Bs. Aires.
- LYOTARD, F (1987): *La Condición Posmoderna*. Ed. Cátedra, Madrid.
- MAGALLANES, L. y Otros (1993): “Aporte Metodológico al Conocimiento de la Alienación Psicosocial”, en *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*. Vol. 39, n.º 3, Bs. Aires,

- MARTIN-BARO, I (1987): "El Latino Indolente", en M. Montero (1987).
- MARX, C.: (1976): *El Capital*. Ed. Siglo XXI, México.
- MARX, C. y ENGELS, F.: (1986): *El Manifiesto Comunista*. Ed. Anteo, Bs. Aires.
- MONTERO, M. y otros (1987): *Psicología Política Latinoamericana*. Ed. Panapo, Caracas.
- RODRIGUEZ KAUTH, A (1994): "Efectos psicosociales de los planes de ajuste económico en América Latina", en Rodríguez Kauth (1994^a).
- RODRIGUEZ KAUTH, A (1994^a): *Lecturas psicopolíticas de la realidad nacional desde la izquierda*. Centro Editor de América Latina, Bs. Aires.
- RODRIGUEZ KAUTH, A (1996): "La Desocupación y la Cibernética". *Cuadernos de Realidades Sociales*, Madrid, n° 47/48.
- RODRIGUEZ KAUTH, A (1998): *Temas y Lecturas de Psicología Política*. Editores de América Latina, Bs. Aires.
- RODRIGUEZ KAUTH, A (1998^a): "Del Estado empresario al Estado de las empresas". *Idea* n° 26, Universidad Nacional de San Luis, Argentina.
- RODRIGUEZ KAUTH, A (1998^b): "El Toyotismo, la Involucración y la Falsa Conciencia". *Idea*. n° 27. Universidad Nacional de San Luis, Argentina.
- RODRIGUEZ KAUTH, A (2000): *El Discursos Político (La caída del pensamiento)*. Ed. Espacio, Bs. Aires.
- RODRIGUEZ KAUTH, A. y FALCON, M (1998): "Las Analogías con Animales y la Falacia de su Extensión a lo Humano". *Psicología Contemporánea*. Año 5, Vol. 5, n° 2, México.
- SLAUGHTER, J (1994): "Sobreviviendo al Toyotismo". *Viento Sur*, n° 17, Madrid.